

—¡Una verdadera señorita! añadió; mi palabra de honor, una señorita en toda la extensión de la palabra.

—No puede ser, ya no las hay, dijo Troublot.

—¿De buena familia? preguntó Duveyrier.

—En cuanto á eso no hay nada que pedir, afirmó el tío. Imagínes V. la castidad en toda su rudeza... ha sido una casualidad tropezar con ella. Después de habernos conocido íntimamente, estoy seguro de que ni siquiera se ha apercibido de ello.

Guenlin que le escuchaba con asombro, hizo un gesto de duda murmurando:

—¡Ah! sí... ya sé.

—¡Qué has de saber! añadió Bachelard encolerizado. Ni tú ni nadie sabe una palabra... ¡Yo solo...! Nadie la ve ni la toca. ¡No faltaba más!

Y volviéndose hacia Duveyrier:

—V. que es hombre de corazón me comprende... Tanto me enternece la muchacha, que cuando voy á verla, me salgo de allí como si tal cosa... pero de todos modos, su compañía me proporciona un rinconcito honesto, donde se conforta mi espíritu... ¡Ah! si V. supiera, está tan bien educada, es tan pura, tiene un cutis tan fino, unos hombros

y unos muslos... tan redondos y tan duros...! ¡es un encanto!

La sangre ardía al oírle en las venas del magistrado. Troublot y Guenlin miraban á Bachelard, y les daba gana de cruzarle la cara al ver correr á través de sus dientes postizos la baba que se le caía yendo á escurrir por los extremos de su boca. ¡Cómo! ¡aquel montón de carne y huesos, aquel hombre corrido y gastado, poseía una inocencia en todo su apogeo, acariciaba unas carnes frescas y tiernas, manchándolas con sus vicios de viejo y sucio borracho!

—Por lo demás, decía Bachelard, mi propósito es hacer feliz á esa criatura. Lo que siento es que puedo ser su papá... sino... pero de todos modos, si encuentro un chico juicioso, se la doy... en matrimonio se entiende.

—Hará V. entonces felices á dos seres, murmuró Duveyrier con acento de sensibilidad.

El calor les asfixiaba, el mantel estaba lleno de manchas de licor y de ceniza de los cigarros, necesitaban cambiar de horizontes y salir á respirar el aire.

—¿Queréis verla? preguntó de pronto Bachelard levantándose.

Todos se miraron. Ya se ve que sí, por qué

no habían de tener gusto en verla si esto le agradaba; y en su simulada indiferencia había una satisfacción glotona ante la idea de terminar el banquete en casa de la niña del viejo. Duveyrier, sin embargo, recordó que los esperaba Clarisa. Bachelard pálido y agitado después de su declaración, aseguró que no harían más que entrar y salir, la verían y se irían en seguida, en seguida. Abandonaron el restaurant, y esperaron un momento en la puerta mientras el anfitrión pagaba la cuenta. Cuando se presentó éste, Guenlin afectó ignorar donde vivía la señorita virtuosa.

—¿Hacia donde nos dirigimos tío? dijo.

Bachelard torturado por su deseo vanidoso de mostrar á Fifi y por el temor de que le arrebataran su tesoro, se detuvo un instante, miró hacia la derecha, después hacia la izquierda, y al fin exclamó:

—No, no quiero llevarlos á ustedes.

Y se obstinó en no ir, burlándose de las bromas de Troublot, y no dignándose ni siquiera alegar un pretexto para justificar su repentino cambio. No tuvieron más remedio que encaminarse á casa de Clarisa. Como hacia una noche hermosa, resolvieron ir á pié con el higiénico propósito de hacer mejor la digestión.

Guenlin y Troublot iban delante: detrás seguían Bachelard y Duveyrier haciéndose las más fraternales confianzas. El primero, juraba y perjuraba al segundo que no desconfiaba de él: le habría llevado sin temor alguno á ver á la niña, porque sabía que era un hombre delicado; pero con los otros, era demasiada imprudencia pedir á los jóvenes más de lo que podían dar de sí. Duveyrier le aseguraba que obraba con cordura, confesándole de paso antiguos temores que le había inspirado Clarisa. Al pronto, apartó de ella á todos sus amigos; después, cuando le dió pruebas extraordinarias de su fidelidad, se decidió á recibirlos en casa de su querida para formarse allí un centro de solaz. ¡Oh! ¡Clarisa era una mujer de mucha inteligencia, incapaz del menor olvido; de mucho corazón y de ideas muy sanas! Su pasado no había sido muy correcto, por falta de buena dirección; pero desde que él la amaba se había hecho una mujer completa. El magistrado elogiando á su bella, no dejaba meter baza á Bachelard, quien tenía que contenerse para no decirle que su Clarisa era de todos los que se acercaban á ella.

—¡Oh! sí, tiene V. razón, decía; pero no lo dude V. la virtud es mejor que todo eso.

Un profundo silencio rodeaba la casa de

la calle de la Cerisaie. Duveyrier se sorprendió al notar que no se veía luz á través de los cristales del piso tercero. Troublot con la mayor seriedad, decía que sin duda se habría acostado Clarisa para esperarlos. Guenlin pensaba que tal vez estaría en la cocina jugando un tute con la criada. Llamaron. El gas ardía en la escalera, pero no se oía el menor ruido. Al pasar los cuatro amigos por delante de la portería, salió el portero y dijo á Duveyrier:

— Señor... la llave.

— ¿Pues qué no está la señora? preguntó Duveyrier sorprendido.

— No señor...; espere V., voy á darle una bujía.

Al presentarle la palmatoria, dejó apercebir el portero, bajo el respeto exagerado que acusaba su rostro, una sonrisa acanallada. Ni los jóvenes, ni Bachelard, hablaron una sola palabra. En medio del más profundo silencio subieron la escalera uno detrás de otro siguiendo á Duveyrier, que no podía explicarse aquella ausencia. La luz temblaba en su mano, produciendo en las paredes las gigantescas sombras de aquellos cuatro personajes que parecían fantasmas.

Al llegar al piso tercero, estaba tan turbado, que por más que hacía no acertaba á

meter la llave en la cerradura. Troublot se apresuró á abrir, y la llave al dar la vuelta produjo un ruido sonoro que repitió el eco, como bajo la bóveda de una catedral.

— ¡Diantre! murmuró, cualquiera diría que no habitaba nadie dentro.

— Suena á hueco, añadió Bachelard.

— Un panteón de familia, insinuó Guenlin.

Todos entraron precedidos de Duveyrier que llevaba la bujía en la mano. La antesala estaba vacía, todos los muebles habían desaparecido, y lo mismo ocurría en el salón y el gabinete. Ni alfombras, ni colgaduras, ni nada. Duveyrier, petrificado, miraba á sus piés, elevaba los ojos al techo y escudriñaba las paredes como si buscase el agujero mágico por donde se había evaporado el mobiliario de la casa.

— Vaya una limpieza que han hecho, murmuró Troublot.

— Quizás se han llevado los muebles para componerlos, dijo Guenlin con la mayor formalidad. Veamos la alcoba.

También estaba vacía, y no se veía en sus paredes ni en el techo más que los agujeros de los clavos de la percha y del baldaquín.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! balbuceó al fin Duveyrier, logrando romper á llorar.

Bachelard le habló con paternal cariño.

— Ánimo, amigo mío, le decía. Lo mismo me sucedió una vez, y como ve V. no me he muerto. ¡Al menos se ha salvado el honor!

El magistrado movió la cabeza tristemente, pasó al comedor, y desde allí á la cocina. El desastre continuaba, todo había desaparecido.

— Esto ya es demasiado, dijo Guenlin. Al menos debían haber dejado algún clavo.

Troublot, fatigado de la comida y de la caminata, comenzaba á aburrirse de aquella soledad. Pero Duveyrier que no soltaba la bujía, seguía su peregrinación á través de las habitaciones desiertas, y sus compañeros no tenían más remedio que ir detrás de él. Recorrió de nuevo la casa, registró los rincones, y las sombras movibles de los cuatro se proyectaban en las paredes. Para colmo de tristeza, todo estaba muy barridito y aseado, ni un pedazo de papel, ni una paja en el suelo, parecía una tacita de plata: el portero había tenido la crueldad de limpiar el cuarto con una rara perfección.

— Francamente, dijo Troublot al llegar por tercera vez al salón, lo que es yo no puedo más. Daría de buena gana cincuenta céntimos por una silla.

Los cuatro se detuvieron.

— ¿Cuándo la ha visto V. la última vez? preguntó Bachelard.

— Ayer, amigo mío, ayer; suspiró Duveyrier.

Guenlin se encogió de hombros. La mudanza se había hecho con rapidez. En esto lanzó Troublot una exclamación: acababa de descubrir sobre la chimenea un cuello postizo y un cigarro puro bastante deteriorado.

— No se queje V., dijo riéndose, le ha dejado á V. un recuerdo.

Duveyrier miró el cuello postizo con emoción, y después dijo:

— ¡Veinticinco mil francos en muebles! ¡Todo ese dinero me había gastado en poner la casa! Pues bien, no, no es el dinero lo que siento.

— ¿No quiere V. el cigarro? añadió Troublot. Entonces, si V. permite, voy á fumármelo. Está estropeado, pero liando alrededor un papel de fumar algo húmedo...

Le encendió en la bujía que conservaba Duveyrier, y sentándose en el suelo junto á la pared:

— Estoy rendido, añadió... no puedo con mi alma.

— ¿Pero no aciertan ustedes á explicarme dónde habrá ido? preguntó el magistrado.

Bachelard y Guenlin se miraron. La si-

tuación era delicada. Sin embargo, el tío tomó una resolución varonil, y contó al pobre hombre las farsas de Clarisa, sus continuos devaneos, los amantes que improvisaba todas las noches al final de sus reuniones, cuando él se iba. Sin duda se había escapado con el último, con Payan el albañil, que quería convertir en un artista la ciudad de Marsella.

Duveyrier escuchaba con horror todas aquellas abominaciones, y exhalando un gemido de desesperación:

—Pero señor, exclamó, ¿no hay ya moralidad sobre la tierra!

Entonces, ávido de expansión, contó los sacrificios que había hecho por la ingrata. Habló de su fe, y la acusó de destruir en su alma los mejores sentimientos de la existencia, ocultando bajo este dolor sentimental el desengaño que sufrían sus apetitos carnales. Clarisa había llegado á ser para él una necesidad. Pero él la buscaría con el sólo objeto de echarle en cara su proceder, decía, y de ver si su corazón había perdido toda la nobleza que atesoraba en él.

—No haga V. tal cosa, decía Bachelard á quien encantaba el infortunio de su amigo, volvería á engañarle á V. ¡Nada! ¡nada! no hay como la virtud. Búsquese V. por ahí

una muchacha sin malicia, inocente como los niños recién nacidos, y entonces no habrá miedo... podrá V. dormir tranquilo.

Troublot que arrellanado sobre el suelo, veía que lo olvidaban:

—Si tiene V. mucho interés, exclamó, yo sabré donde ha ido á parar. Conozco á su criada.

Duveyrier le miró asustado de aquella voz que parecía brotar del suelo, y cuando apercibió al joven fumándose todo lo que había quedado de Clarisa, convirtiéndose en humo los veinticinco mil francos empleados en muebles, hizo un movimiento de cólera, y respondió:

—No, no, es indigna de mí... Es preciso antes, que me busque y me pida perdón de rodillas.

—¡Calle! ¡sin duda es ella que vuelve! dijo Troublot alargando el oído.

En efecto, alguien andaba por la antesala, y se oyó una voz que decía: ¿Qué es lo que pasa? ¿Se han muerto todos? Poco después entró Octavio, sorprendido al ver los cuartos vacíos y las puertas abiertas. Su asombro creció de punto al ver en el salón á aquellos cuatro hombres, uno tirado por el suelo, los otros tres de pié, y alumbrados por una bujía que no soltaba Duveyrier. En breves

palabras le pusieron al corriente de lo que había pasado.

—¡No puede ser! exclamó.

—¿Qué, no le han dicho á V. nada en la portería? preguntó Guenlin.

—Nada absolutamente, el portero, que estaba muy tranquilo, me ha visto y no me ha dicho nada... ¡Con que se ha escapado! ¡No me extraña! Tenía unos ojos y unos cabellos tan apetitosos.

Preguntó pormenores de la fuga, olvidado de la triste noticia que llevaba, y de pronto, sin transición, volviéndose hacia Duveyrier.

—A propósito, le dijo, su esposa de V. me ha enviado á buscarle... ¡Su suegro de V. se muere!

—¡Ah! murmuró el magistrado.

—¡El viejo Vabre! dijo Bachelard... Era de esperar.

—¡Bah! cuando se le acaba á uno la cuerda se para, observó filosóficamente Guenlin.

—Y es lo mejor que puede suceder, añadió Troublot, tapando de nuevo los agujeros del cigarro que fumaba.

Al fin se decidieron á abandonar la casa desalquilada. Octavio, repetía que se había comprometido á llevar á Duveyrier en seguida, cualquiera que fuese el estado en

que se hallase. Este cerró la puerta cuidadosamente, como si dejara allí muertas sus ternezas, y avergonzado, al llegar al portal dió la llave á Troublot, para que se la entregase al portero. Una vez en la calle, cambiaron todos silenciosamente los más afectuosos apretones de manos; y en cuanto Octavio y Duveyrier partieron, en el coche de alquiler que esperaba al primero, Bachelard dijo á Guenlin y á Troublot:

—Truenos y rayos... es necesario que os la enseñe.

Hacia ya rato que, excitado por la desesperación del pobre diablo del magistrado, y gozando en su felicidad no pudo contenerse, y resolvió que los jóvenes le enviaran.

—Si va V. á llevarnos hasta la puerta, para que le esperemos allí, es inútil, dijo Guenlin.

—No, mil bombas, vais á verla. Me dará gusto que la veais. Aunque sean las doce de la noche no importa, si está acostada se levantará. Es hija de un capitán, del capitán Menu y tiene una tía, excelente señora, nacida en Villeneuve, cerca de Lila. Pueden pedirse informes de ella en casa de los señores Mardienne hermanos, calle de San Sulpicio... ¡Ah! ¡Ya veréis! esto... esto es lo

que necesitamos... ¡así comprenderéis lo que es la virtud!

Y cogiéndose del brazo de los jóvenes, Guenlin á la derecha y Troublot á la izquierda, prosiguió la marcha, buscando un coche de alquiler para ganar tiempo.

Entre tanto, Octavio contó brevemente á M. Duveyrier el ataque que había sufrido M. Vabre, sin ocultarle que su señora sabía las señas de la casa de la calle de la Cerisaie. Después de una breve pausa, el magistrado preguntó, con voz doliente:

—¿Cree V. que me perdonará?

¡Octavio calló! El carruaje profundamente oscuro, aunque de cuando en cuando lo iluminaban los reverberos de la calle, avanzaba con rapidez. Al llegar, Duveyrier, torturado por las ideas que bullían en su mente, preguntó al joven:

—¿No es verdad, que lo mejor que puedo hacer es reconciliarme con mi esposa, mientras no cambien las circunstancias?

—Me parece, en efecto, ser lo más conveniente, respondió Octavio, obligado á decir algo.

Entonces sintió Duveyrier la necesidad de lamentar la desgracia de su suegro. Era un hombre muy inteligente, un trabajador incansable. Por lo demás era posible que se

salvase. Al llegar á la casa encontraron la puerta abierta y un grupo en el portal, delante de la portería. Julia, que había salido para ir á la botica, murmuraba contra los señores, que se dejaban morir los unos á los otros, cuando estaban enfermos: sólo los obreros se asistían, dándose tazas de caldo y poniéndose bayetas calientes en los pies. En dos horas que hacía que agonizaba el viejo, se podía haber muerto veinte veces, sin que sus hijos se hubieran tomado el trabajo de darle siquiera un sorbo de agua con azúcar. Corazones secos, decía M. Gourd, gentes que no saben dónde tienen su mano derecha, que se creerían deshonorados si hubieran descendido á poner una lavativa á su padre. Hipólito, por su parte, exagerando la pintura, retrataba á su ama con la estupidez en el rostro y los brazos caídos en presencia del anciano, sin tomar una resolución. Al ver llegar á Duveyrier todos callaron.

—¿Cómo sigue? les preguntó.

—El médico le está poniendo sinapismos, respondió Hipólito... y por cierto que me ha costado mucho trabajo hallarle.

Cuando subieron, Mad. Duveyrier salió á su encuentro. Había llorado mucho: sus miradas brillaban bajo sus escaldados párpados. El magistrado la tendió los brazos, y

dándole un beso en la frente, murmuró:

—¡Pobre Clotilde mía!

Sorprendida de aquella efusión retrocedió. Octavio se quedó un poco atrás, pero oyó decir al marido, en voz baja:

—Perdóname, olvidemos nuestros pecadillos en estas tristes circunstancias. Ya lo ves, vuelvo á tus brazos para siempre. ¡Ah! bien castigado estoy.

Clotilde, sin responder, procuró librarse de sus caricias. Después, tomando ante Octavio, la actitud de mujer que no quería saber nada:

—No te habría molestado, porque ya sé cuánto te ocupan los asuntos relativos al proceso de la calle de Provence; pero me he hallado sola, y he comprendido que era de todo punto necesaria tu presencia. Mi pobre padre está perdido. Entra á verle, el doctor está con él.

Cuando Duveyrier pasó á la habitación del enfermo se acercó á Octavio, que estaba de pié junto al piano. El instrumento continuaba abierto, la pieza de *Zemira* y *Azor* estaba aún sobre el atril, y el joven simulaba que estudiaba.

El quinqué no alumbraba más que un ángulo del salón. Mad. Duveyrier miró un instante á Octavio sin hablarle; pero domi-

nada por un deseo, se resolvió á salir de su habitual reserva.

—¿Estaba allí? le preguntó.

—Sí, señora.

—Entonces... ¿qué es lo que le ocurre?

—La persona en cuestión le ha abandonado, llevándose cuanto había en la casa. Le hallé entre cuatro paredes, con una bujía en la mano...

Clotilde expresó con un gesto su desesperación. Comprendió la actitud de su marido, y su rostro indicó la repugnancia y el desaliento que sentía. No era bastante perder á su padre: esta desgracia iba á servir de pretexto para una reconciliación. Le conocía lo bastante para saber que, no teniendo fuera nada que le llamase la atención, la agobiaría con sus atenciones. Esclava del deber, temblaba ante la idea de no poder negarse á pagar el tributo que seguramente la impondría. Contempló un momento el piano, sus ojos se llenaron nuevamente de lágrimas, y dijo sencillamente á Octavio:

—Gracias, caballero.

Los dos entraron á su vez en el cuarto del enfermo. Duveyrier, muy pálido, escuchaba al doctor Juillerat, que le daba explicaciones á media voz. M. Vabre tenía un ataque de apoplejia serosa, podía tirar hasta el día

siguiente; pero no ofrecía la menor esperanza. Clotilde llegó en el momento en que el médico pronunciaba la sentencia y se dejó caer sobre una silla, tapándose los ojos con el pañuelo, que estaba ya empapado en llanto. Sin embargo, tuvo fuerzas para preguntar al doctor si su pobre padre recobraría al menos el conocimiento. El doctor lo dudaba, pero comprendiendo el fin de la pregunta, expuso su creencia de que M. Vabre tenía arreglados sus asuntos desde hacía mucho tiempo. Duveyrier, cuyo espíritu parecía haberse quedado en la desierta casa de la calle de la Cerisaie, se despertó como quien dice, miró á su esposa, y después añadió: que M. Vabre no confiaba á nadie sus resoluciones, razón por la cual no sabía nada á punto fijo, sólo habia promesas favorables á su hijo Gustavo, á quien su abuelo hablaba siempre de mejorar, para recompensarlos por haberle hospedado; pero de todos modos, si había hecho testamento, ya lo encontrarían.

—¿Sabe la familia lo que ocurre? preguntó Juillerat.

—¡Oh! no, ¡Dios mio! murmuró Clotilde... ¡yo sola he recibido el fatal golpe...! Mi primer pensamiento ha sido mandar á buscar á mi marido.

Duveyrier la acarició con una nueva mirada. Los dos se entendían, y pausadamente se acercó á la cama y examinó al anciano en cuyos miembros aparecía una rigidez cadavérica, mostrando su rostro manchas amarillas. Un reloj dió la una. El doctor anunció que iba á retirarse, porque después de haber empleado los más activos revulsivos, nada le quedaba que hacer. Volvería por la mañana muy temprano, y al fin, iba á salir con Octavio, cuando Mad. Duveyrier llamó al joven:

—Esperemos á mañana, ¿no es verdad? dijo. Haga V. que Berta suba á verme, con cualquier pretexto... yo llamaré á Valeria y ellas serán las que comuniquen la triste noticia á mis hermanos... ¡Ah! ¡Pobres...! ¡Que duerman aún tranquilos esta noche! ¡Con nuestras lágrimas y nuestros cuidados tiene bastante por ahora!

Y ella y su marido quedaron solos, enfrente del anciano, cuya penosa y agonizante respiración llenaba el cuarto.